

EL SEMANARIO DE SANTIAGO.

Se publica el jueves de cada semana.
Se halla de venta en la esquina de D. Antonio Ramos plaza de la Independencia; en la de D. Martin Saldias contigua á esta imprenta, y en la libreria de D. Santos Tornero en el puerto de Valparaiso.

Se reciben suscripciones en la Agencia de D. Dionisio Fernandez en Santiago, y en la libreria de Tornero en Valparaiso. Cada suscripcion consta de seis números, puestos en casa de los suscriptores, é importa diez reales que se pagarán adelantados.

Núm. 4.

Agosto 4 de 1842.

2 reales

SUMARIO.

Congreso Nacional.—Observaciones sobre las Repúblicas Sur-Americanas —Una hora perdida.—Teatro. Luis Ocneno.—El Semanario. Una advertencia á la Gaceta.

Congreso Nacional.

CAMARA DE DIPUTADOS.

Presidencia del Sr. Cobo.

Sesion del 29 de julio.

Principió á las doce y tres cuartos y terminó á las tres de la tarde. Aprobada el acta, se puso á discusion el artículo 5.º del proyecto sobre huanos y fué aprobado de este modo. "Los individuos que ántes del 1.º de abril del presente año hubiesen de buena fe preparado cargamentos de huano en las costas de la República, haciendo para ello gastos efectivos, podrán embarcar hasta el 1.º de enero de 1843, con permiso especial del Gobierno, dichos cargamentos, si pagaren de contado á la aduana dos reales por cada quintal de huano que estrajeren".

Despues se puso á discusion el proyecto de lei para el aumento de sueldos de los empleados militares de la Serena, Copiapó, Vallenar y Freirina, y fué aprobado, sin discusion, en la misma forma que lo habia sido en el Senado. Por esta lei se da á los jefes, oficiales y tropa de línea, á los jefes y oficiales veteranos empleados en la guardia civica y á los ayudantes de estado mayor, un sobresueldo que varía de 3 á 20 pesos segun la graduacion de los empleados y los puntos en que se hace la guarnicion.

Se leyó el artículo 8.º del proyecto de Universidad, y se aprobó sin alteracion alguna, no obstante que el señor Cobo suscitó algunas esplicaciones del señor Ministro de instruccion pública, á consecuencia de haber indicado, que si se daba al decano de la facultad de ciencias exactas la direccion del Museo de historia natural, debia darse á otro decano la direccion de la Biblioteca nacional, para que ámbos establecimientos estuviesen bajo la inspeccion de la Unversidad.

El artículo 9.º quedó para segunda discusion, porque el mismo señor indicó que no habia motivo para señalar solo el número de 25 individuos á la facultad de medicina, siendo que los demas cuentan el de 30; y agregó que no le parecia conveniente gravar al decano de esta facultad con el cargo de protomédico; por ser este de tan serias y pesadas ocupaciones, y por consiguiente difícil de desempeñar con acierto, para quien tiene otros deberes que llenar.

Los artículos 10 y 11 fueron aprobados, reduciendo á treinta el número de cuarenta individuos que el proyecto designa á las facultades de leyes y de teología. Esta variacion se hizo por indicacion del señor Ministro de instruccion pública, que espuso seria mas consecuente dar á todos las facultades un número igual de miembros.

Los artículos 12, 13, y 14 fueron aprobados sin variacion y sin discusion.

Sesion del 1.º de agosto.

Se abrió á la una y cuarto y duró hasta las dos y media de la tarde. Se propuso á segunda discusion el artículo 9 del proyecto de Universidad, y el señor Cobo insistió en sus objeciones de la anterior sesion, á las cuales respondió el señor Ministro de instruccion pública sosteniendo que debe ser protomédico del Estado el decano de la facultad de medicina, tanto por una razon económica, cuanto porque no le seria tan difícil, como se piensa el llenar sus deberes, supuesto que tiene en su auxilio á todos los miembros de la facultad que podrán desahogadamente evacuar las dilijencias relativas á la Universidad.

Puesto á votacion el artículo, resultó aprobado con dos votos en contra, y con sólo la variacion del número de miembros que deben pertenecer á esta facultad, el cual se fijó en treinta.

Pasaron en seguida al artículo 15 que espresa los requisitos que se deben hacer constar para recibir los grados de bachiller y licenciado en la nueva Universidad, y despues de algunas esplicaciones relativas á que el nuevo arreglo, en cuanto concierne á los licenciados en medicina no altera lo que actualmente exigen las leyes para que puedan los extranjeros ejercer esta profesion en el pais, se aprobó unánimemente.

Dió principio á la una y terminó á las tres de la tarde. Aprobada el acta, el señor Ministro del Interior leyó la memoria relativa á su despacho, en la cual da una idea del estado en que se encuentran los diversos ramos de la administracion que estan á su cargo, recomienda la sancion de la lei del régimen interior y la de la nueva ordenanza de caminos que están sometidas á la deliberacion del Congreso, y da cuenta de que el Gobierno medita realizar la construccion de un hospital jeneral de ámbos sexos en la parte setentrional de esta ciudad. El presupuesto jeneral de sueldos y gastos de este departamento para 1843 asciende á 230, 781 pesos y reales. Cierra la memoria un cuadro que contiene muchos datos estadísticos de la República, el cual tiene el mérito de ser el primero de su especie, que se ha publicado hasta ahora entre nosotros.

Despues se procedió á la discusion del proyecto de Universidad. Se leyó el artículo 16.

El señor Cerda observó que era exigir demasiado el sancionar este artículo en cuanto dispone que "despues de cinco años de la promulgacion de la presente lei, no se podrá obtener cátedra en el Instituto Nacional sin el grado de licenciado conferido por la Universidad" porque no hai motivo en que fundarse para pedir que los profesores de ingles, frances, partida doble y aun los de latinidad tengan ese título, que léjos de serles necesario los arredraria de entrar á tanta costa á una ocupacion poco lucrativa que le parecia mas propio decir "no se podrá obtener cátedra de ciencias", para limitar esta exigencia solo á los profesores que necesitan aquel título.

El señor Ministro de instruccion pública convino en la indicacion.

El señor Concha observó tambien que no le parecia regular ni equitativo exigir ademas el grado de licenciado para ejercer una profesion científica, á los que hubiesen hecho sus estudios en otros países, porque esto era agravar sin necesidad las dificultades que cuesta el terminar una carrera literaria; dilucidó y apoyó su indicacion y en consecuencia convinieron en agregar al artículo 15, ya aprobado, el inciso siguiente—"En los reglamentos particulares de la Universidad se determinarán las pruebas á que deban sujetarse, para acreditar su suficiencia, los que hubiesen hecho sus estudios fuera de la República".

El artículo 16 fué aprobado con dos votos en contra y con la indicacion del señor Cerda: los artículos 17, 18, y 19 fueron aprobados sin debate.

El artículo 20 quedó para segunda discusion despues de haber hablado dos veces los señores Cobo y Montt y una el señor Rengifo, á cerca de la parte que dispone que "el consejo de la Universidad se compondrá del rector, de dos miembros nombrados por el Gobierno &c". El señor Cobo se opuso á que el Gobierno nombrase esos dos individuos del consejo, porque no debía dársele en los negocios de la Universidad una intervencion tan continua y directa. Para apoyar su opinion hizo ver cuan importante es á la sociedad la independencia del cuerpo encargado de la difusion de las luces, y los graves peligros que tiene su dependencia del ejecutivo, y citó vários hechos históricos para comprobar su asersion. El señor Montt contestó

que mal podian temerse esos peligros de un gobierno como el nuestro, que habiendo sido hasta ahora el jefe de la instruccion pública, se apresuraba jenerosamente á depositar ese poder en un cuerpo de individuos ilustrados. Que aun cuando no sirviesen de suficiente garantía la conducta y principios, basta el influjo que tanto en esta administracion como en otra cualquiera puede ejercer la opinion pública.

Desde el artículo 21 hasta el 28 inclusive fueron aprobados por unanimidad sin discusion.

Observaciones sobre las Repúblicas Sur-Americanas.

Si Colon hubiese visitado la rejiones inmensas que su jenio atrevido descubrió y vinculó tres siglos y medio ha como la joya mas preciosa de la corona de España, cuando la revolucion zanjó los cimientos de nueve repúblicas independientes sobre los escombros del poder colonial; si hubiese visto arder en todas ellas el fuego puro y santo de la libertad, y escuchado los himnos que hacian ilustres á los heroes de cien combates, sin duda hubiera exclamado: "Esos pueblos, unidos por un mismo orijen, religion, lengua y costumbres, son llamados á trasplantar al nuevo mundo las grandezas casi olvidadas de la caduca España: bajo la égida de instituciones liberales florecerán las ciencias, las artes, la agricultura y el comercio que en los siglos XVI y XVII constituian el poder verdadero de la metrópoli. Esas naciones, débiles y vacilantes en sus primeros pasos, se pondrán al abrigo de toda influencia estraña, derogatoria de su dignidad; y en la union, harmonia y consideracion mutua, fundarán un nuevo imperio que hará inclinar á su favor la balanza del poder y de la civilizacion europea".

Este vaticinio tan probable y natural, está por desgracia mui léjos de cumplirse, y cada dia se reproducen nuevos obstáculos que lo contrarian. La América toda, á excepcion de dos repúblicas, presenta el cuadro mas lastimero de retrogradacion y aniquilamiento. Su suelo hermoso está convertido en un circo de gladiadores, en un vasto anfiteatro donde luchan y se entronizan las facciones, donde el patriotismo se ha trocado en sed de mando, y donde los pueblos son víctimas ya de la opresion ya de la anarquía. Aquí vemos á una república vacilando en la forma de gobierno que debe adoptar, sacudida por las conmociones mas violentas, trocando la banda de la primera majistratura en el cetro y corona de un monarca, para rociarlas despues con la sangre de una víctima ilustre, y envuelta, en fin, en una guerra fratricida para impedir la desmembracion de sus provincias. Allí otro pueblo anuló su influencia política en su division; agoviado por una deuda inmensa, está próximo á una bancarrota, y sus rentas no llenan los gastos mas precisos de la administracion. Mas cerca se nos presenta otro, cuya nacionalidad fué escandalosamente violada por el jefe aspirante de otra república; su caudillo perece; sucumbe su ejército al vengar tamaña afrenta, y ahora infinitos ambiciosos se preparan á combatir por el puesto. En otra parte se ponen en duda los bienes que ha traído consigo la ruina de un sistema incompatible con las libertades y el equilibrio americano; se lamenta la

caida de su autor; se exagera la importancia pasajera que dió á su patria, y se trabaja por colocarlo de nuevo en el puesto de donde fué tan ignominiosamente lanzado. Mas, cerca por fin, se presenta un espectáculo mas espantoso. Las garantías y libertades del pueblo donde primero se escucharon los dulces nombres de patria é independencia han desaparecido, y en su lugar se ha entronizado la voluntad del mas desapiadado de los tiranos. Se ha renovado en el siglo XIX, en el siglo de las luces, la época aciaga de los Neronés, Calígulas y Robespierres: millares de víctimas han sido sacrificadas; millares vagan lejos de su patria; la cuchilla del déspota está suspendida sobre otras tantas, y un solo hombre va á ser el esterminador y verdugo de todo un pueblo, si el cielo no venga á la humanidad ultrajada.

Tal es el estado lamentable de la mayor parte de las Repúblicas Americanas, sin que podamos lisonjearnos con la proximidad del término de tanta desdicha. El objeto de la grandiosa revolución que las colocó en el número de las naciones se ha frustrado; su independencia casi no ha sido sino una quimera, un jermen activo de aspiraciones y violencias. Las revoluciones se suceden unas á otras con asombrosa rapidez; y los pueblos desmoralizados y habituados á tales sacudimientos y mudanzas, son como las olas del mar entumecidas por la tempestad de ayer, que un ligero soplo pone hoi de nuevo en movimiento y peligrosa agitacion.

Al trazar algunas observaciones sobre el carácter, tendencia y origen de estos males; al inquirir *el motivo porqué pueblos que se hallan organizados bajo un réjimen liberal, cuyas constituciones han sido vaciadas en los mejores moldes, no son verdaderamente libres, y á cada paso estan expuestos á los ataques de la arbitrariedad, mientras que otros sin mas diferencia que la de haber debido su existencia á otra metrópoli, bajo la salvaguardia de instituciones análogas, se han organizado tranquilamente, y son ya sus émulos en poder y riqueza, sentimos y confesamos nuestra insuficiencia, disculpando nuestro atrevimiento, la esperanza que tenemos de que plumas mas versadas ilustrarán y corregirán nuestras opiniones y conceptos.*

Es una verdad incontestable, que las sociedades así como el hombre estan sujetas á una infancia mas ó ménos larga y penosa; á una época de enerjía, vigor y progreso mas ó ménos estable; á una decadencia y desorganizacion mas ó ménos rápida, y a veces á una rejereneracion en que los principios de la libertad é igualdad ejercen su irresistible influencia derribando lo ruinoso del edificio político y levantando sobre sus cimientos uno mas bello y mejor calculado para resistir los embates con que el despotismo ó el desenfreno popular amenazan las instituciones en que descansa el bienestar de los pueblos. Trabajo perdido fuera buscar los caracteres de cada una de las épocas que acabamos de enumerar, los principios de su desarrollo, robustez y decadencia, en la historia de las naciones que hoi descuellan por su poderío y civilizacion, y las que solo han dejado un recuerdo de grandezas pasadas para escarmiento de jeneraciones futuras y como faro que aleja del escollo á la nave bien aparejada, pero no salva á la que la tormenta desmanteló

La esperiencia histórica como correctivo de los males que amagan á las sociedades, será una planta siempre segura, si el hombre no fuera por su organizacion un ser susceptible de infinitas modificaciones; si su corazon no fuera tan facil de inclinar al bien y al mal por accidentes que escapan á la penetracion del lejislador y del moralista; si fuera posible desde su tierna edad inspirarle el amor á la justicia, y hacérsela practicar invariablemente mientras existe. Si fuera dado alejar del camino del hombre los escollos que por todos lados le rodean, hacerlo superior á las influencias locales, á las costumbres y hábitos viciosos, á las preocupaciones religiosas y políticas, de manera que colocado en cierta posicion y con antecedentes dados, hubiera de obrar siempre del mismo modo, no sería entónces difícil trazar al jénero humano un solo sendero, una organizacion homogénea que trocase en realidad el soñado siglo de oro de la fabula. En tal caso explotaríamos con doble provecho los tesoros de la historia; examinaríamos con mas atencion los sucesos que han influido en la decadencia y prosperidad de los imperios; las revoluciones que ha sufrido el pensamiento; su marcha majestuosa, cuando el jenio Griego y Romano se enseñorearon del orbe; su abatimiento y corrupcion, cuando las hordas del norte se derramaron por el mundo civilizado; su largo y penoso sueño bajo las instituciones feudales; su despertar al sordo rumor de veinte naciones que, conducidas por el fanatismo, inundaron el Asia, y últimamente su desarrollo gradual hasta que los pueblos cansados de vivir para sus verdugos, quisieron vivir para sí, triunfaron de sus tiranos y proclamaron los dogmas santos de la libertad é igualdad. El estudio de las instituciones, usos y costumbres de las naciones que descollaron sobre las demas en sus respectivas épocas, vendria á ser en este caso la tabla de salvacion del linaje humano; se formaria un código, una compilacion sublime por la sanidad de sus dogmas y principios; se le sujetaria al espíritu analítico del siglo, y depurado de contradicciones y redundancias, se presentaría á los pueblos, como la panacea de los males que los agovian. Mas este es un sueño irrealizable, y jamas podrá existir un sistema de gobierno comun á todos los pueblos, ni aun á la mayoría de ellos, mientras existan en la raza humana las mismas diferencias que se notan en los demas seres que pueblan la tierra; mientras la diversidad de climas influya no solo en su índole y costumbres, sino tambien en su organizacion física. No podrá, pues, dejarse de confesar que las instituciones que se dan á un pueblo deben ser trazadas sobre su carácter é índole peculiar, su posicion jeográfica, su religion, usos y costumbres, el estado de civilizacion &c. Una disposicion que, atendidas estas circunstancias, en una parte es fecunda en bienes, si se desprecia en otra, si no se modifica, será sin duda perjudicial.

La constitucion mas liberal imajinable, aquella en que las garantías públicas é individuales estan mejor afianzadas; aquella que no establezca mas superioridad entre ciudadano y ciudadano que la que dan la virtud, el mérito incuestionable, y el talento empleado en el bien público, no podrá contemplarse como un don inestimable, si á su lado se encuentra una lejislacion monstruosa, una organizacion administrativa llena de defectos, un réji-

men interior vicioso é incompleto, emanaciones todas de otra forma de gobierno despótico y arbitrario. ¿Estará suficientemente garantida la propiedad, con que la lei fundamental prohiba el despojo, por ejemplo, á no ser que los tribunales cooperen con todos los trámites legales? Si la organizacion de esos tribunales, árbitros de la vida, fortuna y honra del ciudadano, no reconoce por base una completa independendencia de todo influjo extraño; si las leyes á que se ajustan sus fallos, emanaron de autoridades que juzgaban hacer gracia de la justicia; si no hai medios de hacer efectiva la responsabilidad de los ministros de la lei, estaríamos sin duda autorizados á desechar semejante garantía como la burla mas amarga que puede hacerse á la razon.

Si hubiésemos de juzgar de la verdadera libertad de las repúblicas americanas por sus cartas fundamentales, estaríamos autorizados para creer, por el espíritu filosófico que domina en algunas de ellas, que los pueblos que estan sujetos á su imperio, son los mas libres y felices del mundo. Pero si examinamos mas de cerca la condicion de esos pueblos; si los vemos sumerjidos en la ignorancia, casi abandonados á su instinto, encorbados todavía, sino por el peso, á lo ménos por los recuerdos de una dominacion bárbara, encadenados pos sus usos y costumbres, por sus leyes y reglamentos; prontos casi siempre á decidir por las armas las cuestiones políticas, y á servir de hincapié al hombre emprendedor y ambicioso, nos veríamos precisados á confesarnos alucinados por las apariencias de una efímera libertad. Parécenos un desvarío pensar que las leyes, restricciones y reglamentos, son las que forman á los pueblos, en vez de ser ellos los que debieran formarlas. Cuando la ilustracion ha penetrado en las masas; cuando los conocimientos se jeneralizan y dejan de ser, en manos de unos pocos, instrumentos de superioridad y de opresion, la forma de gobierno es tal vez una circunstancia secundaria; pues que vemos en la culta Europa, en la cuna del réjimen constitucional, monarcas despóticos, cuyas administraciones han merecido y todavía merecen el nombre de patriarcales. Los estados jenerales de Dinamarca se despojaron en el siglo XVII de todas sus prerogativas; depositaron en el monarca la suma del poder, y la historia no atestigua ni el abuso, ni el arrepentimiento de aquella nacion. La Prusia, el Austria y la Alemania estan sujetas á un réjimen mas ó ménos arbitrario, y sin embargo todos estos pueblos se hallan á la vanguardia de la civilizacion europea; en ellos se cultiva con ahínco las letras, artes y ciencias; florecen el comercio y la agricultura, y la ilustracion derramada por todas las clases de la sociedad, es la que da un vigor irresistible á la opinion publica, y la convierte en un valladar inespugnable á los avances del monarca absoluto, que vive persuadido que en el buen gobierno de sus subditos está cimentado su trono.

Mui léjos estamos de citar estos ejemplos en recomendacion de las formas arbitrarias de gobiernos: sabemos los azares á que estan espuestos los pueblos, cuando su suerte depende de la indole y aptitudes de una sola y suprema voluntad; nuestro objeto es patentizar que sin la difusion de las luces en las masas de una sociedad, las instituciones mas benignas y liberales no serán bastantes para salvar á los pueblos del abismo que

les abre el despotismo ó la anarquía. Desgraciadamente encontramos este aserto comprobado en la calamitosa historia de todas las repúblicas americanas, que bajo instituciones mas ó menos liberales y democráticas, han respirado solo por instantes el aire puro de la paz y de la libertad, para consumirse y agonizar despues en las mas crueles de las guerras civiles. ¿Es acaso el jenio del mal, que previendo la futura grandeza de la parte mas bella del universo, ha querido frustrar las encumbradas y ardorosas aspiraciones de tantos pueblos, encendiendo en ellos la tea de la division y derramando en todas partes la semilla de la anarquía y del desórden? No: la causa de tanta desventura está mas cerca de nosotros. El árbol que plantaron nuestros abuelos en terreno estéril é ingrato no medraba; su escaso ramaje no ofrecia reparo alguno, su fruto era amargo y sin sazón por falta de riego y de cuidado. Nosotros impacientes é indignados, pusimos en él mano violenta arrancándolo, y trasplantándolo á suelo mas feraz: regado por nuestra propia sangre, sus primeros brotes fueron vigorosos, mas poco á poco amortiguáronse perdiendo su verdor, y solo uno que otro vástago ha podido vencer el abandono de los que se encargaron de su cultivo, y promete dar un fruto, si bien escaso, á lo ménos dulce y sazonado.

Para convencernos de la exactitud de esta comparacion no tenemos mas que recorrer á la lijera la historia de los tres siglos que precedieron á la emancipacion americana; trazar un cuadro de la política y miras de la España con respecto á sus colonias; al réjimen establecido en ellas, calculado para constituir las en eterno pupillaje, y á las máximas que adoptó para estender y asegurar sus prerogativas en un vasto continente, cuyas riquezas escitaban la codicia y celos de la Europa entera.

(Continuará)

Una hora perdida.

“Hai ciertas horas sin hora” ha dicho en letra de molde un poeta de estos tiempos, y sabe Dios lo que pretendió decir: ya se ve, no es dado muchas veces al miserable vulgo, á esa parte preciosa de la humanidad a que por su solidez le dicen *masas*, el comprender los altos conceptos que allá en sus lucubraciones estampa en el papel un poeta que delira ó un pensador de los de ogaño, que tanto gustan de encumbrarse hasta perderse de vista. Ya que ahora está la moda por los enigmas, yo tambien me digo “Hai ciertas horas perdidas”, y á la verdad que tampoco entiendo lo que quisiera decir; es tan fácil esto de decir lo que no se piensa y de pensar lo que no se puede espresar: yo talvez llamaré perdidas las horas que otros aprovechadas, porque en lo de sacarle jugo á las horas sucede lo que en todo, cada cual sabe su cuento. Pero sea lo que fuere, lo cierto es que anoche me pasé una de ellas que no sé como llamarla; el que me escuche bautízela, que yo trataré de pintarle al neófito, tal como salió del seno de su padre; porque las horas no son concebidas como lo fué el pecador David: el tiempo las produce y las arroja sañudo sobre los débiles mortales que las devoran sin siquiera masticarla.

Como el único premio de los escritores valadies es el que ellos se procuran hablando de vez en cuando con suave modestia de sus talentos y de otras cosillas que les atañen, yo no quiero ser ménos, y diré algo de mí propio. Hai un cierto desabrimiento que asalta á veces el corazon sin qué ni para qué y se pega en él con tan tenaz aficion, que no se halla medio de arrancarlo. Desabrimiento es este que algunos consideran como un signo, como una prueba de la inmortalidad de nuestro espíritu, y dicen que es un requerimiento de pago que Dios nos hace con mas benignidad que la de nuestra lei de procedimientos. Otros, ménos timoratos, lo caracterizan como exceso de vida, como una superabundancia de nuestro ser, que es necesario no desperdiciar, sino dirigir de tal manera que vuelva á fecundar la fuente de donde emana. Mas no estoi para filosofias; lo que no se puede negar es que el tal ataque nervioso causa amarguras en el alma y hace que lo miremos todo, si no con maligna indiferencia, con aquel odio estúpido que tanto asemeja al hombre con las fieras. Entónces viene aquello de maldecir de la sociedad, de conocer y admirar la falacia del sexo amable, aquello de renegar de la indolencia de los que mandan y de la mala fe de todos: entónces se nos presenta la humanidad con sus deformidades y sus llagas incurables; ya no es el hombre el rei de la creacion: el que es mas necio traiga un veneno ó se manda guardar una onza de plomo en las concabidades del cráneo, y el que no, se echa á su cama ósale á pasearse, Dios mediante. En esos extremos me hallaba yo á las once de anoche: ¡quien lo creyera! el amor á la vida me hizo tomar mis atavios de calle y plantarme en la que primero se me ofreció, y ni la oscuridad que tanto sublima el aspecto de nuestros pueblos á esas horas, ni el poético silencio en que desde temprano se sepulta nuestro Santiago, ni las precauciones que la sabia y laboriosa policia tiene tomadas para hacernos sentir á menudo la fragilidad de nuestras piernas y con ella el fin para que fuimos creados, nada, nada me sacaba de mi estupor; cuando de repente, zas, me doi un furioso empellon con un embozado que me dice riéndose—

—¡Ola! V. por aquí, caballero?... .

—¡Oh, señor don Fuljencio! me ha conocido V?

—Tate! no quisiera V. que lo conozcan? Vaya, anda V. en pasos pecaminosos.

—No, que ando en carrera de salvacion, estoi con esplin y de V. pende que yo no me tire esta noche al Mapocho: es preciso que V. me lleve á alguna parte donde pueda divertirme.

—Ah, no señor mio, no voi yo adonde pueda V. hallar diversion; si lo llevara, no le gustaria á V.

—Pero siquiera habrá con quien conversar un rato.

—Al contrario, si allí no se conversa....

—Y que se hace?

—Que se hace? calentarse la cabeza en silencio; y fuera de chanza, la calentura es de volverlo á uno loco, y siempre en silencio, ¡que le parece á V.!

—Tanto mejor, me distraerá ese silencio, y mucho que me gustará sobre todo cuando con gracioso menear de cabeza, pregunte una bella— ¡Quien hace coro? y vuelva á animarse el diálogo suspenso.

—Jesus amigo! nada de eso; si allí no hai niñas, sino hombres solamente.

—Cosa singular! es alguna sociedad mazónica ó patriótica? Pues bien, ó V. no va, ó va conmigo.

—Brava alternativa... como de ha ser, perderá V. una hora, ya que se le pone. ¡Cuidado, que le va á pesar!

No mucho habiamos andado cuando entramos por un postigo entornado á un estrecho patio. Siento voces así como de riña—“Estaba fuera—No, señor, no, esto es adentro en toda tierra de garvanzos—Retírese V, no quiero ni debo pagarle—Decidanlo ustedes, señores—Estaba adentro responden algunos—Pues bien, pague V.—Pagaré por ser solo un chiquito, pero no tallo si el señor sigue apuntando—Estabamos con don Fuljencio en la puerta, cuando vimos salir al ganancioso, que era un donoso muchacho, en cuyo rostro aparecia una espresion de verguenza y alegria. Lo dejamos salir y don Fuljencio me dijo—No se asuste V., amigo, de lo que ve; no le decia yo que venia á incomodarse? pero todavia es tiempo—No, señor, quiero ver lo que pasa por aquí.

Entramos á una sala donde habia varias mesas rodeadas de encapados, sentados los unos, los otros en pié y á veces inclinados sobre los primeros de tal guisa, que mas bien parecia se les echaban á cuestras. ¡Vaya que aquellos debian tener fuerzas pulmonares, casi de normandos, pues que se quedaban sin decir chus ni mus y tan contraídos á su asunto, como podia estarlo un poeta que se devana los cascos por hallar un consonante! Sentámonos en un zofá, sin ser sentidos de los concurrentes, á pesar de que reinaba mucho silencio á la sazón; se oia un palabreo sordo y algunas voces perceptibles mezcladas con el tónico sonar de las monedas y el golpe de ciertos huesesillos ó de unos cartonsitos que arrastraban tras sí las miradas ansiosas de los circunstantes. En una mesa decian—“Trina, suerte entera, media suerte”—en otro se oia—“una al rei, dos al cinco, tres al siete, saltó”—“mamarán, por veinte onzas en carta, ¡heha poderoso Judas, mañana te hago una fiesta” A veces se alteraba el orden con alguna agitacion pasajera. Mi compañero, que permanecia sereno y mirando á todos con un aire significativo, me dijo al oido.

—Ya ve V., aquí no hai diversion—

—¡Con que este es un garito, señor don Fuljencio!

—No mi amigo, una casa en que se reunen varios señores á matar la noche.

—No tienen mal modo de matarla, asesinando-se la honra y el bolsillo. ¡Vea V. una casa de juego en el centro de la poblacion!

—¡Oh! de estas hai varias—

—¡Nostante las prohibiciones de nuestras leyes, á pesar del decreto que últimamente dió el Gobierno para que se llevasen á efecto! Esta es una infamia, un escándalo que no puede tolerarse!

—¡Já, já, já! Se conoce que V. es abogado nuevo, mi amigo, y que no sabe todavia lo que se pesca en el mundo ¡que leyes ni que niño muerto! ¡Le parece á V. que hai leyes contra lo que el hombre desea? El juego es una necesidad, es una diversion que á todos gusta, que todos aprueban y se procuran por angas ó por mangas. No lo digo porque sea yo jugador, nada de eso, amigo, yo jamas pongo ojos en una carta, ni Dios

lo quiera: sino que es de tanta necesidad el juego en el día, que, según dijo el otro—

Ya no es un vicio el jugar,
y falta á la educacion
en cualquiera reunion,
el que no sabe tallar.

¡De qué sirven las leyes, ¡patarata! si ni la policía hace juicio de ellas, ¿que gana V. con invocarlas! Y no me diga V. que no: ¿a pesar de ese decreto, ha dejado de seguir en sus funciones ninguna de las casas de juego que ántes habia? Pues mire V. al poco tiempo de haberse dictado, vino la fiesta de Corpus, en la plaza de Santiago: V. estaria allí, presumo, y veria la pila rodeada de comuchitos de rotos ¿que piensa V. que hacian?... jugar, amigo, jugar á todas luces: el tallador sentado en la punta de su manta, y pegándole á la timbirimba á pierna tendida con naipe; si señor, así como el que aquí usan y otros con la taba ¿que! se asusta V.! pues ahí no es nada: al jueves siguiente, el de la octava, desde las dos de la tarde ya estaban en las mismas. Estos ojos, que se han de comer la tierra, vieron las cartas, la plata, y los jugadores: así, en la plaza de la independencia, en donde se hallaba todo el Gobierno y la policía que hai en Chile! ¿Que más quiere V.! ¿será pecado jugar bajo de techo y á puerta cerrada, cuando en el día mas grande de los cristianos y de mas concurrencia en la plaza, se juega á vista y paciencia de las leyes y de sus ministros? Ríase V., si todos gustan del juego y la opinion lo favorece, ¿a qué prohibirlo!

—Estupefacto me ha dejado V. señor don Fuljencio! no tengo que decirle....

En ese instante se acercó uno de los concurrentes á mi amigo y al oído le dice—se necesitan diez y ocho onzas don Fuljencio—¿y cuanto dan?—un real diario en cada una—No es poco, pero yo ando aquí con un dinerillo que no es mio, y pide su dueño cuatro reales en la misma forma—Eso es robar....pero vengan—tambien pide prenda—No tengo ninguna, mas si V. me espera le traeré luego—Se retiró el solicitante, tomó su sombrero y desapareció. Incontinentemente llega otro y traba un diálogo parecido con mi compañero, y despues de hablar un poco, recibió veinte onzas de oro, á devolver veinte y cuatro á los dos días.

—Señor don Fuljencio, dije yo entónces; ¿qué contiene esto?

Amigo, este es el negocito que yo hago aquí, para que vea V. no soi jugador, como le dije ántes; detesto el juego, y por mí, ojalá lo quitaran en el momento.

—Pero V. no negociaría entónces, y yo lo celebraría, porque me parece que....

—¿Hago mal, no es esto? pero que quiere V. uno tiene su dinero y no lo ha de dejar enmohecerse: han salido ahora tantos de esos que llaman agentes, que ya no me dejaban hacer basa, ya no me buscaban los parroquianos, porque esos demonios de usureros andan buscando á los desesperados y haciéndolos pasar por las mayores iniquidades; es una maldad como saltean al prójimo; ya ve V., yo no exijo mucho: un interes moderado en comparacion del riesgo que corre mi dinero....

Ya me hervia la sangre en tal extremo que

iba á descargar una lluvia de dicterios sobre mi don Fuljencio, cuando á deshora se oye el sonido de campanillas en la calle—“nuestro amo”, dicen unos, “el sacramento”, otros; aquellos se arrodillan, estos permanecen en pié y los hai que con un aire de despecho se quedan en sus asientos, como para vengarse del que pasaba á consolar á un moribundo y no los auxiliaba á ellos. Algunos de los arrodillados, mas piadosos con su bolsillo que con el ajeno, tenian en el rostro pintado el fervor con que suplicaban al Altísimo que los protejese en la primera talla que se iba á dar; uno murmuraba oraciones, como inspirado; este suspiraba, no sé si en señal de arrepentimiento, lo que es difícil, ó de fervientes deseos. Don Fuljencio decia: “pobrecito, quien será el enfermo, si lo alcanzaran á confesar, si habrá hecho sus disposiciones: esta debe ser muerte repentina, porque ya ve V. tan tarde, nadie que esté enfermo pide estos socorros”. Todos se levantan y vuelven á su juego, llenos de valor y de confianza. El primer solicitante reaparece y presenta á mi compañero una cajita con hermosos brillantes, y á trueque le cuenta aquel diez y ocho onzas, diciéndole alguna palabra de esperanza al sonar de cada una. Luego se acerca otro y encarándose al recipiente le dice—hombre, tu mujer está ahí afuera, y me suplica que vea modo de quitarte las alhajas que le has traído, vamos, Anacleto, no seas loco, entregámelas—Díla que no sea majadera, que sino se vuelve á casa inmediatamente yo iré á hacerla salir—Si, añade don Fuljencio, dígala V. que este no es cuento de mujeres, que deje á su marido negociar, que mañana se le aparecerá con un chorizo de huemuleñas que la hará reír á carcajadas. D. Anacleto y el intercesor se apartaron á las mesas y yo que me habia elevado a mas de veinte sobre cero, exclamé—Es posible don Fuljencio, que V. contribuya á fomentar el vicio mas enemigo de la sociedad, con un negocio tan vil, tan inmoral y reprobado, no solo por las leyes, sino por el interes de la misma humanidad?

—Calle V., amigo: es V. mui bisoño todavía. Dale con las leyes, la humanidad, y que sé yo que otros cosas de estudiante ¿con que esto llama V. vil! vea V.! un modo honesto de buscar la vida! Clame V. y clamará con mas fruto, contra ese maldito teatro, que no sé á que fin tolera la policía, á no ser porque los municipales tienen la entrada franca. ¿Cuando se habian visto mas vicios ni mas crímenes! Si no sé como no se repite sobre nosotros el fuego de Sodoma y de Gomorra! Eso sí que es inmoral y corruptor, mi amigo, y no estas casas en que cada uno halla diversion y utilidad! ¿El teatro! que provecho deja? ¿perversidad y nada mas—allí va la soltera á aprender lo que es amor, á aprender como se cita á los moztos y lo que se les dice y hace en esas citas de maldicion, al teatro va la casada á saber que se puede engañar á los pobres maridos y el modo como se les engaña. ¡Mire V. que escuela! en fin, allí van todos á estudiar la falsía y el crimen, porque aquella es una escuela práctica en que se enseña á los espectadores todos esos amaños, y tan á lo vivo! tan prácticamente lo hacen esos condenados de cómicos! que hasta llegan á abrazarse, amigo, las mujeres con los hombres, y ¡que abrazos que se dan! es un escándalo! que no se como tolera la policía en calma. ¡Jesus! yo me enfurezco cuando tra-

to estos asuntos, ya ve V. aunque uno sea viejo, siempre se interesa por el bien del país, y no es posible hablar sin rabia acerca de esa escuela de perversidad....!

Dijo y el furor le impidió continuar. Yo ví en mi amigo á un hombre de la clase de tantos justos como uno encuentra á cada paso. Mas furioso que él salí de aquella escuela de moral y de cultura por no habérmelas con un varon tan justo como don Fuljencio, que al retirarme me decía—Lleve V. buena noche, amigo; ya vé V. como ha perdido una hora; pero haga algo porque se quite ó se reforme esa *catedra del demonio*. Clame V. contra el teatro, que es mui fácil, y clamará con fruto....!

Teatro.

LUIS ONCENO.

Hai que evitar dos escollos, aunque no igualmente temibles, cuando se elije un carácter ó suceso histórico para base ó asunto de una obra de imaginacion. Por una parte, el adulterar la historia, desfigurando los hechos, invirtiendo las fechas, cambiando los lugares ó desnaturalizando los personajes, al mismo tiempo que estravía á los ignorantes y propaga mil errores, causa una impresion desagradable á los que se hallan en aptitud de descubrir la infidelidad de la relacion ó pintura. Por otra parte, el apego excesivo á la historia, sujeta y abate el vuelo del jenio; la tosquedad de los hechos viene á borrar ese esmalte delicado que la imaginacion estampa en sus creaciones; se anda siempre por un camino real, trillado y derecho, sin vagar por las amenas praderías que se estienden á sus lados: en una palabra, se sustituye lo positivo á lo ideal. Hemos indicado que estos dos escollos no son igualmente de temer, y en efecto, nuestro siglo, por lo mismo que en su existencia material busca con ansia lo positivo, lo verdadero, apénas lo solicita, cuando entra en esa vida ficticia que la imaginacion anima y embellece. En el día se exige del historiador la mas escrupulosa exactitud; y se concede la mas amplia libertad al novelador, al poeta. Aquí se dan á la imprenta archivos enteros de papeles de estado, sin variar ni siquiera su ortografía; allí publican sus cuentos fantásticos Hoffinan, Balzac, y Zorrilla. Suele verse á menudo conculcada la verdad histórica por los escritores de fantasia; pero nadie les pide cuenta de ello, siempre que se redima la falsedad con rasgos patéticos, con lances sorprendidos, con cuadros sublimes. Por el contrario, si el poeta no arrebató al lector ó espectador con las emociones que se buscan en el libro ó en el proscenio, nada le valdrá la escusa de haber retratado á lo vivo un personaje histórico ó de haber seguido fielmente y paso á paso la relacion auténtica de los hechos. O al ménos, si tal excusa es admitida, lo será solo de aquellos pocos que puedan apreciar la semejanza del retrato, lo correcto del perfil.

El ingenio feliz de Sir Walter Scott supo hermanar admirablemente en sus novelas históricas la invencion y la verdad. Victor Hugo, aun cuando mas se aparta de esta y acaso de la verosimilitud, pinta las costumbres con una propiedad extremada, y siembra en sus dramas alusiones, dichos é incidencias que les dan un sabor de naturalidad y como un principio de vida. Alejandro Dumas no se ha descompañado ordinariamente con tanto acierto á este respecto, pero, en cambio, no reconoce entre sus contemporáneos superior, ni igual talvez, en los efectos teatrales que hace resaltar con maestría suma en sus dramas y comedias.

La literatura francesa del día cuenta un número crecido de escritores que mui poco se curan de la historia, para quienes no es otra cosa que un registro de nombres propios de que pueden usar á su antojo; y sin embargo sus dramas ó novelas, que solo pueden llamarse *históricos* por antifrasis, son bien acogidos si satisfacen á los que acuden á ellos en busca de estímulos que despierten su curiosidad y exciten sus simpatías.

Mr. Casimir Delavigne, autor de la pieza cuyo nombre sirve de epígrafe á este artículo, y autor tambien del "Marino Faliero", tragedia concebida en nuestro teatro; tan poco acier-

to ha tenido á nuestro juicio en las libertades que se tomó con la historia en la una, como en el exclusivo empeño con que reduce la otra al retrato de un Monarca. Las crónicas de Venecia representan á Anjelica, la mujer de Faliero, como un dechado de inocencia y pureza; así la pinta Lord Byron que fué quien primero *dramatizó* este argumento, y no puede darse una concepcion mas bella que la Anjolina de su tragedia. Delavigne le inventa un primo y un delito; y el dux de Venecia, ese carácter tipo de la nobleza mas altiva, del honor mas exaltado, se degrada, se ridiculiza con la infidelidad de su mujer; y su muerte es sin duda mucho ménos trágica, estando rotos de antemano todos los vínculos que le unian á la sociedad, y no encerrando ésta un solo objeto que le haga amar la vida ¡Desgraciado desvió de la historia! En Luis Onceno, por la inversa, Delavigne parece haberse preocupado exclusivamente con la idea del Rei—Le evoca del sepulcro; y le reanima restituyéndole esos ingredientes de nuestra naturaleza que se llaman *pasiones*. Luis Onceno se nos presenta cruel, y supersticioso; falso y cobarde, décrepito y capaz de sacrificarlo todo al deseo de prolongar su vida. Vive receloso de cuantos le rodean; y aun de su propio hijo, de ese hijo á quien dió por toda educacion su máxima favorita—*Qui nescit dissimulare, nescit regnare*: quien no sabe finjir, no sabe reinar—Ahí está retratado de cuerpo entero, llenando siempre la escena, siempre puesto en primer término, reasumiendo en sí solo los veinte nombres que suenan en la lista de personajes, y que en el drama jiran como satélites casi imperceptibles, al rededor del luminar que los apaga. ¡Estrañó prestigio tiene ese carácter de Luis Onceno para absorber el mérito de los cuadros en que figura! Porque, á decir verdad, en la novela de "Quintín Durward", apesar de ser obra del *Gran májico del Norte*, sacándose á Luis Onceno, poco de interesante quedaria, y apesar del valor que le dá ese carácter, pintado con la fidelidad mas minuciosa, se reputa jeneralmente de segundo orden en la coleccion á que pertenece.

Otro personaje histórico de bastante nombradía que aparece en esta pieza, es San Francisco de Paula. El papel que hace, es exáctamente conforme a lo acontecido. Atacado Luis de una grave enfermedad y esperando recobrar la salud por la intercesion del Santo, le llamó á su lado. El, despues de haberse resistido cuanto pudo, llegó al castillo de Plessis donde estaba el Rei. Este se arroja á sus pies: le hace magníficas promesas; y creyendo que todo lo tiene en su mano, le suplica que le alargue la vida. El Santo desprecia sus ofertas, y ya que no difiere el término de los dias del Monarca, le ayuda á bien morir—Esto nos dice la historia; y esto mismo se halla admirablemente pintado en la tragedia. Para nuestro gusto la conferencia entre el Santo y el Rei es la mejor escena de la pieza; campean en ella bellezas de primera clase, y deja una impresion profunda de terror y lástima. Convenimos con Mr. Duviquet en que es una de las mas hermosas que pueden admirarse en el teatro frances.

Pero no estamos de acuerdo con este crítico en el elojio que hace de la escena que pasa luego entre Luis y Nemours. Poseido del odio mas vivo contra el rei, cuando desde el principio de la pieza solo ha respirado venganza contra él, y por saciarla, ha desechado los medios de salvarse que la amistad le habia proporcionado, cuando, aun á riesgo de perder á Cotier, su protector, queda oculto detras de un tapiz, con un puñal en la mano para clavarlo en el pecho de su enemigo, cuando acaba de oír la confesion del asesinato de su padre, ejecutado por orden de Luis, cuando en fin ha visto que su anhelo mas vivo es el de prolongar su vida, cambia repentinamente de propósito; y en vez de satisfacer su venganza, prefiere dejar con vida al tirano, para que le atarcan los remordimientos. Esto es pintar á un tigre hambriento, que teniendo entre las garras la presa que desde largo tiempo asecha, la mira y se aparta. Y sobretodo, es olvidarse del carácter de Luis Onceno. Para él no hai remordimientos; tiene la conciencia encallecida; si alguna vez llegan á asomar, los ahoga su supersticion, y para desvanecerlos, le basta echarse de rodillas ante la vírjen del Manzano, cuya efigie de plomo trae en el gorro y estima á la par de los preciosos florones de su corona. ¿Qué cuidado le darian los remordimientos á Luis, cuando á un clérigo que por orden suya rezaba á San Eutropio, encomendándole la salud del rei en lo temporal y en lo espiritual, le hizo omitir la última cláusula, diciendo que no era prudente importunar al bendito Santo con tantos pedidos á un tiempo? ¿Qué cuidado darian los remordimientos á quien creia tener sobornados á los Santos por la faná-

tica devoción que les tributaba; á quien juzgaba tener enteramente de su parte á la Virgen Santísima, desde que la habia hecho condesa y coronel de su guardia? La salud, el bienestar material, la vida, eran los objetos de mas precio para este tirano; y Nemours se equivocó miserablemente, dejándole salva su existencia, y confiando su venganza á remordimientos que no tenian ya filos para herirle.

Algunas otras escenas animadas podrian citarse; pero la tragedia, en general, es fria y algo pesada. La accion es sumamente lenta; y consiste, á nuestro entender, en la lucha que hai trabada en Luis entre la vida y la muerte. ¡Triste accion la que anda al paso incierto de una enfermedad, y depende de los accidentes de una salud achacosa y trabajada! Accion que seria perdurable si le volviesen al enfermo sus fuerzas, y que concluye lastimosamente, poniendo ante nuestros ojos el lecho mortuorio de un anciano decrepito, que conserva casi hasta el último respiro sus vicios y sus pasiones. En fin, vemos en "Luis Onceno" un busto bieu esculpido; pero su fisonomía no inspira interés; sus facciones carecen de nobleza; su figura toda es el reflejo de una alma en que jamás brilló un destello de entusiasmo.

Si se alega que la historia le manifiesta así, responderemos que no todos los caracteres históricos sirven para protagonistas de una tragedia. La verdad histórica no basta para hacer una tragedia buena, ni siquiera para excusar una tragedia mala. "¿Queréis," dice Victor Hugo, á los copistas serviles, "que se diga de la historia lo que se ha dicho de la poética de Aristóteles—que enseña á hacer bien malas tragedias?"

El Semanario.

Cuando los redactores del Semanario se reunieron para dar á luz este periódico, no se propusieron otro objeto que suplir la falta jeneralmente notada en Santiago de un papel que hiciese circular algunas ideas, que alimentase el gusto naciente por la lectura y tratase de indagar lo que somos y lo que podemos ser. Esta empresa pacífica y honesta por naturaleza, no debia excitar ni celos, ni animosidades; ántes bien era la obra del buen deseo de algunos cuantos que querian consagrar al bien público los breves momentos de descanso que sus ocupaciones les dejaban. Así fué tambien apreciado por los que leyeron su prospecto. Con todo, dos periódicos que salen de talleres mui distintos del nuestro, y que no estan movidos ni por el mismo estímulo, ni animados por los mismos sentimientos que á nosotros nos dominan, desentendiéndose de los objetos patrióticos que nos habiamos propuesto, han saludado al Semanario como á un enemigo con quien deseaban suscitar quimeras que diesen materia para llenar sus exhaustas columnas. Buena es la polémica considerada como la vida de la prensa periódica, como un medio de poner en claro cuestiones dudosas, de sacar á luz pensamientos sepultados en los rincones de los gabinetes, de excitar los talentos que viven en ociosa inaccion; y los redactores del Semanario que no han salido á dar lecciones al pueblo, sino á hablarle para que discurra, se habrian dado la enhorabuena de encontrar hombres sensatos que les ayudasen á cumplir su noble propósito. Pero en las impugnaciones que se han hecho á sus artículos, hemos visto un ánimo doloso que estudiosamente desfigura ó afecta no entender lo que decimos, hemos visto un deseo de vengar resentimientos personales, y satisfacer el escorzo del amor propio atormentado por las derrotas sufridas en anteriores contiendas, hemos visto en fin un corazon repleto de negra bilis que vomita dicerios contra una comunidad aborrecida. ¿Qué motivo ha habido para lanzar las indecentes invectivas con que se ha zaherido á alguno de nuestros colaboradores? ¿Una cuestion literaria era acaso una guerra de federacion ó muerte? ¿Hai acaso un pretexto no ya digno, pero ni siquiera especioso que pueda paliar el insolente lenguaje que se ha empleado en esta cuestion? En vez de polémica se ha excitado una riña de puñal, en vez del tono comedido que la educacion recomienda, se ha empleado la manera de la plebe soez, y si por accidente se ha escapado alguna reflexion que nazca del entendimiento, se ha cuidado de envolverla en acibar para que ofenda ántes que pueda convencer. Si hubiésemos de aceptar el reto indecoroso que se nos hace, seria preciso que el Semanario y el Mercurio de Valparaíso fuesen á batirse bajo el ojo del puente. No: los redactores del Semanario no pueden entrar en esta lucha inmunda: ellos no estan en el caso de ofrecerse en espectácu-

lo al pueblo como histriones de farsa; quédese este recurso para los escritores famélicos cuando se vean en la precisión de llenar la tasa que se les ha impuesto para ganar su pres. Ni los hábitos contraidos en una vida decente y recojida, ni la moderacion que es propia de su carácter, y que sabrán guardar en público como en privado, les permite lanzarse en una contienda de afrentas y de improprios á que no estan acostumbrados, y en que seguramente serian vencidos por discípulos de mejor escuela.

Mientras tanto no podemos ménos de lamentar la táctica inmoral que el redactor del Mercurio ha entablado de algun tiempo á esta parte; táctica inmoral por el objeto innoble que le mueve y de que ha hecho un escandaloso alarde, inmoral por las armas vedadas de que se ha valido, inmoral por hacer ostentacion de salvar todas las reglas que la urbanidad y las convenciones sociales han establecido para las relaciones mútuas de los individuos. Siguiendo adelante este sistema, la prensa periódica será para siempre entre nosotros una arena en que solo puede luchar el hombre descardado que hace de los desprecios su plato favorito, y de la cual huirá todo aquel que conserve sentimientos de delicadeza y pundonor. Los redactores del Semanario no son tan menudados que les ponga espanto una pluma tornasol de pavo real, ni escritos vacíos de ciencia y de cordura, repletos tan solo de una presuncion necia y de locuaz charlatanería: con la certeza del triunfo entrarían á sostener una polémica en que tenian que habérselas con una fantasma hueca; pero esta polémica seria un escándalo, una vergüenza que no se sienten con ánimo de causar: seria arredrar á todos aquellos que comenzando á dar pasos vacilantes en la difícil carrera del diario, no quieren esponerse á ser presa de un diente emponzoñado. A ellos sin embargo era á quien el Semanario deseaba consagrar sus páginas, y estimular con su ejemplo y sus exortaciones. Fruístrate enhorabuena este útil pensamiento, pero caiga la responsabilidad del daño sobre el funesto escritor que lo ha orijinado.

El Semanario seguirá adelante su camino; cuando salga á la palestra un caballero, dará una contestacion atenta; cuando el impugnador sea un hombre de cancha, se desdenará de combatir con él.

UNA ADVERTENCIA A LA GACETA.

Entre escritores honrados y de buena fé, el dar tormento á los escritos ajenos para arrancar de ellos lo que no contienen, el atribuir á un adversario ideas y opiniones que él no emitió, por tener el gusto de atacarle, y lucir una erudicion pedantesca de nombres propios, es una supercheria degradante, un insulto grosero al público, á quien se supone incapaz de comprender lo que ayer leyó. Tal ha sido el desleal proceder de la "Gaceta del Comercio" en su crítica del artículo *Romanticismo*, inserto en nuestro número segundo. Ha refutado especies que en vano se buscarian en aquel; y parece querer arrogarse los honores de un triunfo ahuyentando fantasmas que ella sola habia forjado.

Estamos de acuerdo con la Gaceta en muchas de las ideas que ha espuesto sobre *Romanticismo*, y así lo reconocerá si, como es probable, esta materia vuelve á tratarse en nuestras columnas. Entretanto séanos permitido indicar un error craso en que ha incurrido. En su número 150 se lee, "Estacio era, como es sabido ahora, el poeta mas popular de Roma en tiempo de Virjilio;" se cita en apoyo de esta *verdad histórica* á Michelet y á Nisard; sobre esta base se establece un paralelo entre Estacio y Virjilio, y se afirma en conclusion, que Virjilio como *romántico* de la antigüedad, triunfó de la tradicion representada por Estacio. ¡Virjilio romántico! ¡He aquí una novedad de bulto! ¡Estacio contemporáneo de Virjilio! ¡He aquí un descubrimiento que ni el mismo Niebuhr habia columbrado! Hasta ahora *la verdad histórica* enseña que Virjilio murió unos ochenta años ántes que naciese Estacio; y el mundo literario reputa á Virjilio uno de los corifeos del clasicismo.

Mais nous avons changé tout cela, dirá talvez la Gaceta; "Todo eso lo hemos cambiado," respondió Gines á los que, como nosotros, creian que el corazon se hallaba al lado izquierdo del cuerpo humano y el hígado al lado derecho—*¡Pauvres bêtes, nous avons changé tout cela!*

En el primer verso de la estrofa tercera de la composicion inserta en la columna 11.^a del núm. 3 del Semanario, donde dice—Ménos me enojara—léase, Ménos me enojará.